
Un Crimen en el Cielo

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8372

Título: Un Crimen en el Cielo
Autor: José Fernández Bremón
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 1 de agosto de 2024
Fecha de modificación: 1 de agosto de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

Colás el zapatero era viudo, pobre y estaba próximo a ser viejo: no es de extrañar que viviera solitario en su buhardilla, comiendo mal, cavilando mucho, saliendo a cazar muy de tarde en tarde por único ejercicio, y buscando sus recreos en los recuerdos, mientras machacaba la suela, punzaba con la lezna o untaba con la pez, o en alguna que otra ilusión que cruzaba por su frente: que las ilusiones con sus alas de oro entran también en las buhardillas y acarician a los pobres y a los viejos.

Había velado Colás hasta las altas horas de la noche para acabar un zapatito de señora, el cual iba adquiriendo entre sus manos forma tan delicada y elegante, que cada vez lo manejaba con más consideración y más cuidado. Cuando acabó de dar a su obra la última mano, la contempló con admiración; era perfecta.

Había empezado a examinar en ella la puntada, la suavidad del contrafuerte, la tirantez e igualdad de la plantilla y su adaptación justa a la horma: era crítica de zapatero. Después admiró la elegancia de la hechura, la morbidez y gracia de sus líneas; la admiraba como artista.

—No se puede hacer mejor —exclamó lleno de orgullo—, más diré: no se puede hacer otro igual: este zapatito no tiene par posible y ha de quedar descabalado.

Hasta entonces, en cada obra terminada sólo había considerado Colás la ganancia que le debía producir: en aquel momento experimentaba una emoción espiritual: la satisfacción del arquitecto al concluir una hermosa catedral, la sentía Colás contemplando su obra prima, como si hubiese

puesto toda su inteligencia y todo su sentimiento en la confección de aquel zapato.

—No haré el otro —se decía—, habría de desmerecer al lado de éste. No consentiré que pise mi mejor obra ningún pie, así sea el de una reina: sólo debería usarlo una santa para andar sobre las nubes. Y si yo no concluyo el par, ¿quién podrá acabarlo? Aquí está el zapato derecho: que venga a hacer el izquierdo el mismo san Crispín.

No bien acabó de expresar aquella irreverencia, sonaron en los cristales de su ventana unos golpecitos. Alzó Colás, temblando, la cabeza, y su primera impresión fue creer que amanecía por la claridad que entraba a través de la vidriera: su engaño duró poco: dos angelitos sujetaban el extremo de una escala de oro, y descendía por ella un santo de noble aspecto y envuelto en una túnica y rodeada su cabeza por un nimbo de luz: una bandada de angelitos le escoltaba aleteando alegremente. Uno de éstos era el que golpeaba en los cristales, y decía sonriendo:

—Abre, Colás, que viene a visitarte san Crispín.

El zapatero, espantado, cayó de rodillas, y la ventana se abrió sola.

II

Cuando Colás se hubo tranquilizado por la bondad del santo y el bullicio de los risueños angelitos, lo primero que inspeccionó fue el calzado del patrón; llevaba unas sandalias de cuero muy modestas: los angelillos no le inspiraron gran respeto; iban descalzos: no debían tener aquéllos gran autoridad en las alturas, cuando no les había hecho siquiera unas plantillas el bendito san Crispín.

Éste se instaló con nobleza en un pobre taburete y examinó como experto el zapatito, mientras Colás, de pie y con la cabeza descubierta, ocultaba bajo el mandil de cuero sus manos manchadas de pez y de betún.

Los angelitos en tanto se colgaban de las vigas y hacían travesuras.

—Es un modelo de zapato —dijo el santo—, no me atrevo a hacer el izquierdo; el arte de la zapatería ha adelantado mucho en los diez siglos que han transcurrido desde que Crispiniano y yo fuimos degollados en Soissons. Eres un maestro y yo un simple oficial.

—¿Vos, señor? —se atrevió a decir Colás.

—Éramos patricios en Roma; y cuando renunciarnos a los bienes de la tierra, aprendimos tu oficio para no ser gravosos a los fieles, y ganar la vida con modestia. No trabajábamos por la arrogancia de brillar en tu arte, sino por humildad.

—Pero —dijo Colás, ya muy tranquilo por la mansedumbre del santo— sois entendidos en mi oficio, y habéis declarado que este zapato es un modelo.

—Ese modelo se convertirá con el tiempo en una chancla; no estés orgulloso de tu obra; la vanidad es un pecado.

Y el santo, levantándose, volvió a subir por la escala de oro suspendida de una nube, seguido de las aladas criaturas, dejando a Colás estupefacto y con el zapatito de tafilete en una mano.

Poco después oyó cerca de sí una infantil y alegre carcajada. Era uno de los angelillos que se había quedado enredando con las herramientas.

—¿Qué haces ahí, muchacho? —dijo Colás con mal humor.

—Reírme de ti y de tu zapato; todo su mérito consiste en la bondad del material y la buena hechura de la horma.

Colás, indignado, soltó el zapato para tomar el tirapié, y el angelito, sorteándole, salió por la ventana, riendo y llevándose el zapato.

El zapatero tomó la escopeta, se asomó a la ventana y apuntó.

—Devuélveme mi prenda o hago fuego —repetía.

Pero el angelillo revoloteaba por encima del tejado, enseñando por burla el zapatito y jugando con él a la pelota.

Colás dudaba, no atreviéndose a disparar contra un ángel; pero era cazador y tenía apuntada su escopeta contra un objeto que volaba: el tiro salió y el angelito cayó sobre las tejas.

III

Fue un instante nada más, producido el efecto por el susto, pero lo suficiente para que le sujetase Colás por un tobillo. Remontose otra vez la criatura, ascendiendo a Colás en su vuelo hasta la bóveda celeste, cuerpo elástico y bruñido que volvió a cerrarse apenas le pasaron. Allí hicieron pie: bajo aquel suelo azul y transparente se veían cruzar los nubarrones, y como en el fondo de un lago moverse las aguas y destacarse las montañas.

—¡Suéltame! —dijo el angelito.

—Dame mi zapato.

—No lo tengo: lo he tirado a tu buhardilla.

—¡Mientes!

—¿Qué dices? —respondió llorando la criatura angelical—. Nosotros no mentimos nunca. Soy un ángel.

—No: que eres un diablillo.

—Calla: no pronuncies ese nombre tan cerca del cielo.

—Vuélveme a mi buhardilla.

—No tengo licencia. Espérame un instante y volveré: te lo prometo.

—No me fío: quieres dejarme aquí perdido.

Y añadió sacando su afilada cuchilla para asustarle:

—Ea: vuélveme a la tierra.

El angelillo aleteó como un ave aprisionada y tropezando su delicada garganta en la cuchilla de Colás, se degolló.

La cabeza con las alas huyó dando gemidos y Colás, horrorizado, soltó el cuerpo que vertía por el cuello segado un caño de sangre, que se extendía como un río, por la bóveda azul, enrojeciéndola.

Sonaron a lo lejos voces, trompetas y ruidos pavorosos.

—Allí está —gritó la luna con voz sonora—, yo alumbraré para que no pueda escapar.

—¡Al asesino! ¡Al asesino! —gritaban las estrellas.

El zapatero, espantado, huía por la bóveda, y el río de sangre le seguía; y decía Colás en su carrera:

—Valedme, bendito san Crispín.

El santo dijo apareciéndose:

—Toma este cabo y huye; descuélgate al instante.

—No tiene ni una cuarta.

—Confía en Dios y alcanzará.

Colás se arrojó sobre la tierra; había visto juntarse en las alturas legiones de ángeles armados, y a los que guardan el cielo y cabalgan en caballos flamígeros formar sus escuadrones y agitar sus espadas de fuego en el espacio.

IV

Cuando volvió en sí el zapatero de la impresión de la bajada milagrosa, se encontraba en su buhardilla y empezaba el crepúsculo de la tarde. El zapato de tafilete estaba encima de su banquillo de trabajo, pero no se determinó a mirarlo; cuando Colás, temblando y azorado se atrevió a fijar la vista en el oriente, vio con gusto que tenía un color tranquilo y ceniciento. Pero el terror le dominaba; su buhardilla estaba muy cerca del cielo y bajó de tres en tres los escalones. Cuando salió a la calle y miró al cielo, quedó pálido y frío.

El sol de occidente alumbraba un montón de nubes blancas que semejaban escuadrones de ángeles armados, y por debajo de ellas otra nube roja tenía la apariencia de un río de sangre.

—¡Huid! ¡Huid! —gritaba Colás, atropellando a las gentes—, la justicia divina me persigue; huid que llueve sangre; he muerto a un ángel y está el cadáver encima de las nubes.

V

Colás, en otros tiempos se hubiera refugiado en una celda; como vive en los nuestros le han encerrado en una jaula. Cuando el cielo está sereno y azul, su imaginación está serena; pero si ve, al caer de la tarde, surcar el horizonte nubes rojas y nubes con apariencia de escuadrones, cae en tierra y se revuelca dando gritos y diciendo:

—Prendedme y haced justicia en mí; que he muerto a un ángel y he manchado el cielo.

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.